

CAPÍTULO XXXVII.

LA historia de los cinco años que separan el advenimiento al trono de Carlos X de su caída, no es mas que el registro de las faltas del rey y de la habilidad del duque de Orleans.

Cuando decimos las *faltas del rey*, decimos esto á vista de los acontecimientos, pero nuestra conviccion personal és que cuando una catástrofe prevista desde largo tiempo, es necesaria á las fines de la Providencia, *las faltas de los reyes*, entran en la categoría de las cosas absolutas, y *estas faltas* deben fatalmente cometerse.

Carlos X empezó con una medida liberal: la abolicion de la censura; ¿quién le habia dado este buen consejo, y á que venia la abolicion de la censura como primer acto de su reinado? Esto era arrojar una piedra con anticipacion en el camino sobre el cual debia volcarse, el 29 de Julio de 1830, la carroza de la consagrada magestad de derecho divino.

La segunda medida adoptada fué el millar de indemnizacion. Este acto que en lugar de ser anti-liberal, tenia la ventaja de ser á la vez equitativo y justo, porque consagraba la venta de los bienes nacionales y les daba un valor igual al de los otros bienes, fué vivamente atacado por toda la

oposicion y comenzó esa lucha encarnizada que tuvo por último resultado la caída de la dinastía de la rama mayor.

¡Cosa rara! la distribucion de este millar, enriqueció tal vez mas á los liberales que á los realistas. Al duque de Orleans le tocaban diez y seis millones, al duque de Liancourt tocaba un millon cuatrocientos mil francos, á M. de La Fayette cuatrocientos cincuenta mil seiscientos ochenta y dos francos, á M. Cayetano de la Rochefoucauld cuatrocientos veintiocho mil doscientos seis francos, á M. Thiers trescientos cincuenta y siete mil ochocientos cincuenta francos, y en fin, á M. Carlos Lameth doscientos un mil seiscientos noventa y seis francos.

De aquí resultó la longanimidad que el partido liberal usaba en esta ocasion, respecto al duque de Orleans.

Por lo demas, pronto se presentó una ocasion á la Francia para pronunciarse: el general Foy murió á causa de esas luchas de tribuna que siete años mas tarde debian matar á Lamarque, y dos años despues de Lamarque, á Casimiro Périer.

El convoy fúnebre del general Foy fué magnífico: cien mil hombres acompañaban el féretro; se desuncieron los caballos y los hombres siguieron tirando del carro.

El duque de Orleans envió su coche.

Un coche vacío, seis caballos y tres lacayos, son á los ojos del filósofo, un mezquino homenaje ofrecido por un príncipe á un gran ciudadano, pero no fué así á los ojos de la opinion pública: era un gaje dado por el duque de Orleans á la nacion.

Así fué como se tomó en la corte; en su primera entrevista con el rey, el duque de Orleans fué interpelado vivamente con respecto á este objeto.

El príncipe se inclinó, y despues con un tono mas firme que el que hasta entonces habia usado:

—Sire, dijo, mi coche ha sido notado porque iba solo.

El general Foy era pobre, Laffitte, amigo suyo, promovió una suscripción nacional en favor del general tribuno, y se inscribió el primero con la suma de cincuenta mil francos.

Esta suma produjo un millon.

A pesar de la amonestación real, el duque de Orleans se inscribió con diez mil francos.

Era justamente tanto como Casimiro Périer, y cuatro veces menos que Laffitte, pero el valor de la acción no estaba en la cifra de la suma dada, sino en el hecho de la acción misma.

Así es, que desde este momento, los escritores liberales no dudaron ya, y miraron en el duque de Orleans, no solamente su esperanza sino también su bandera.

Cauchois Lemaire publicó un folleto titulado: *Carta al señor duque de Orleans*.

“Vamos, príncipe, le dice, un poco de valor; cambiad vuestras armas ducales por la corona cívica, *queda en nuestra monarquía un hermoso lugar que ocupar, aquel que ocuparía La Fayette en una república*, el de primer ciudadano de Francia; vuestro principado no es más que una canongía cerca de esa magestad moral: el pueblo francés es un gran niño que no desea otra cosa más que tener un tutor. Sedlo vos, pues, para que no caiga en malas manos, y á fin de que el carro tan mal conducido hasta aquí no llegue á volcarse al fin; por nuestra parte hemos hecho toda clase de esfuerzos; ensayad alguno por la vuestra, y contengámonos unidos en la pendiente del precipicio.”

Pablo Luis Courier, había tomado un partido mejor: desde 1823 escribía en contestación á un pretendido correspondiente anónimo, que, según él decía, lo acusaba de un odio sistemático contra los príncipes:

“No sé ni puedo adivinar lo que ha podido haceros creer que yo no amaba al duque de Orleans ni á ninguno de los demás príncipes: seguramente esto está tan lejos de ser cierto, que al contrario, amo á los príncipes y á todo el mundo

en general, particularmente al duque de Orleans (he aquí como os engañabais), porque habiendo nacido príncipe, se digna ser hombre; al menos no he oído decir que engañe á nadie: no tenemos, es verdad, ningún negocio común, ni pacto, ni contrato; nada me ha prometido, nada me ha jurado ante Dios; pero llegado el caso, me fiaría de él, aunque tenga una mala opinión de mí, como de los demás. Si es preciso fiarse de alguno, ni él ni yo tendríamos, según creo, ningún inconveniente para avenirnos, y una vez hecho el arreglo, espero que lo cumpliría sin fraude, sin chicanería, sin disputa, sin consultar con antiguos vecinos, gentiles hombres y otros, que no me quieren, y aun sin consultar á los jesuitas. He aquí lo que me hace formar de él esta opinión: es de nuestro tiempo, de este siglo, y no del otro; habiendo visto poco, según creo, de lo que se llama antiguo régimen; ha hecho la guerra con nosotros: de donde se sigue, dicen, que no tiene miedo á las balas; después, emigrado á pesar suyo, jamás hizo nada contra nosotros, conociendo lo que debía á su patria y que nunca se puede tener razón contra su país natal. Sabe esto y otras cosas, que no se conocen en la clase que ocupa; su felicidad ha querido que haya descendido, y joven, vivido como nosotros: de príncipe se ha hecho hombre. En Francia, combatió á nuestros enemigos; fuera de Francia, las ciencias ocupaban su tiempo; de él no ha podido decirse: *Nada ha olvidado: nada ha aprendido*. Los extranjeros le han visto instruirse y no mendigar. No ha suplicado á Pitt ni á Cobourg que desolen nuestros campos, y quemem nuestras poblaciones para vengar sus castillos; á su vuelta no ha instituido misas ni seminarios para dotar conventos á espensas nuestras; pero sabio en su vida y en sus costumbres, nos da un ejemplo de más efecto que las predicaciones de los misioneros; en una palabra, es un hombre de bien. Yo querría que todos los príncipes se le asemejasen, ninguno de ellos perdería nada y nosotros ganaríamos mucho; ó quisiera al menos que fuese el alcalde de la Comuna, esto se en-

tiende si lo pudiera ser sin quitar á nadie; aborrezco las destituciones. Arreglaria muchas cosas, no solamente por la sabiduria con que Dios le ha dotado, sino por esa virtud no menos considerable y tan poco celebrada: por su economia; calidad, si se quiere, vulgar, que la corte aborrece en un príncipe, y que no es objeto de elogios académicos, ni de oraciones fúnebres, pero preciosa para nosotros, para nuestras administraciones, tan hermosa en un alcalde, tan cómo diré?.. adivinad, yo, con aquella, le dispensaria de tener otras.

“Cuando me espreso de esta manera, no es porque lo conozca mas que vos, ni tanto puede ser, no habiéndolo visto jamas. No sé mas que lo que se dice, pero el público no es un zote, y puede juzgar á los príncipes, porque viven en público. Esto no es decir que quiero ser su guarda campestre, en caso de que llegue á ser alcalde. No valgo nada para este empleo, ni para ninguno otro cualquiera que sea: soy capaz á lo mas de cultivar mi viña, cuando no estoy en prision. Estaria allí, lo creo, menos frecuentemente; pero no estando seguro de esto mismo, puedo decir que todo cambio en lo alcaldía y sus dependencias, es para mí indiferente; por otra parte, lo que se piensa de él generalmente, habreis podido verlo ó saberlo en estos dias, cuando se presentó en el teatro con su familia. No se le esperaba, la concurrencia, no estando compuesta, preparada, como se acostumbra, para los grandes..... ¡era el público! no habia nada por lo que se pudiera decir que estaba arreglado con anticipacion. La policia no tomó parte en las demostraciones de aprecio que se le hicieron en esta ocasion; si de hecho estaba allí, como puede creerse muy bien, porque en todas partes se encuentra presente é inevitable, no era ciertamente para recibir al duque de Orleans. Entró, y al verle se le aplaudió de todas partes con la voz y con las manos. No sé que se haya sujetado á un juicio á toda la concurrencia, ni se haya trasladado la reunion de la sala de

Saint Martin. Así es que no creo que yo, que lo he elogiado menos de lo que sus hechos merecen, haya sido vuelto á poner en prision por esta causa; pero vos podeis estar mejor instruido de ella.

“De esta manera, contra vuestra opinion, señor mio, estimo al duque de Orleans, pero no soy su amigo como lo creen las gentes; no soy digno de tanto honor; y sin querer examinar lo que se ha dudado algunas veces de si los príncipes tienen ó no amigos; él, ménos príncipe que los otros, podria quizás ser una escepcion. Debo deciros que siempre me he reido de Juan Jacobo Rousseau, filósofo que no pudo sufrir á sus iguales, ni hacerse soportar de ellos; y que en toda su vida no creyó tener por amigos mas que al príncipe de Conti.

“Mucho ménos soy su partidario, ni puedo serlo, porque no tengo partido. Ya no estamos en el tiempo en que cada príncipe tenia el suyo; y jamás seré del partido de nadie. No seguiré á ningun hombre, ni buscaré fortuna en las revoluciones ni en las contra-revoluciones que se hacen en provecho de algunos. ¡Oh! en el pueblo he permanecido por mi eleccion. Solo en mi habria consistido salir de él, como tantos que pensando ennoblecerse de hecho se han perdido mas de lo que creian. Cuando sea necesario elejir segun la ley de Solon, seré del partido del pueblo, de los aldeanos como yo.”

Todo esto era, como puede verse, una preparacion mas que indirecta, de la candidatura del duque de Orleans para el trono de Francia.

Entre tanto, aparecieron las leyes de M. Peyronnet sobre substituciones y derecho de mayoria; y la ley sobre la libertad de la prensa, la una desechada, la otra rechazada por la cámara de los pares. Así, todo faltaba á Carlos X, todo, hasta esa institucion aristocrática creada para sostener al trono, y que en lugar de sostenerlo, lo hacia bambolear, faltando á la mano del rey en el momento en que su mano iba á apoyarse sobre ella.

Por lo demas, todo el mundo se encarnizaba contra esta

monarquía, en la que el toque de Julio iba á sonar el *hahali*: Beranger con sus canciones, Pablo Luis Courier con sus folletos, Couchois Lemaire, con sus cartas; Mery y Barthélemi con sus poemas. Es verdad que de tiempo en tiempo, la monarquía soltaba á sus perros, y de un golpe de pujavante enviaba á Beranger á Santa Pelagia, ó á Magallon á Poissy. Pero entonces se alzaba en todas partes, en los diarios, en los cafés, en las calles, en los teatros, en los corredores públicos, un concierto de burlas, de reproches y de amenazas, que se elevaba como el vapor de la oposicion contra los perseguidores, y volvía á caer como una lluvia de popularidad sobre los perseguidos.

Se esperaban con impaciencia las elecciones, los dos partidos conocian que aqui tenian la lucha real y la verdadera victoria.

La fortuna estuvo de parte de los liberales.

La alegría de la clase media fué ruidosa, la cólera del trono, contenida con pena, no esperaba sino una ocasion para estallar; las iluminaciones de la calle de Saint Denis le suministraron un pretexto: el jóven Lallemand pereció en esta *dragonada*. Todo Paris parecia llevar luto por un jóven desconocido, y gritaba venganza sobre su tumba.

La mayoría era conocida de antemano; era constitucional. Los Sres. de Villèle, de Corbière y de Peyronnet se retiraron ante esta mayoría.

Los tres fueron nombrados pares de Francia.

El ministerio Martignac sucedio al ministerio Villèle.

La primera palabra que Carlos X dijo á su nuevo ministro fué esta.

“El sistema del M. de Villèle es el mio”

Era una órden dada al Sr. de Martignac de continuar en la misma via que su predecesor.

Sin duda prometió obediencia á los deseos del rey. Pero apenas pudo Martignac, quiso conciliarlo todo, haciendo concesiones al partido liberal.

Estas concesiones fueron: una ley sobre la prensa periódica, la exclusion del ministerio del partido congregante de M. de Frayssinous, reemplazado por el abate Feutrier, y la sustitucion del monopolio financiero por el monopolio político.

La popularidad de M. de Martignac, iba tan en creciente, que espantó á Carlos X; á quien pareció que su ministro habia hecho demasiado por el poder legislativo, y exigió de él que hiciese algo en favor del poder ejecutivo.

M. de Martignac presentó dos proyectos de ley: uno sobre la organizacion comunal, otro sobre la organizacion departamental; pero estos dos proyectos fueron bombas en la mano del ministro que le hicieron caer subitamente.

Esto era lo que deseaba el rey: tenia ya libertad para arreglar su ministerio segun sus ideas; y podia, ademas, recompensar á un antiguo partidario, al príncipe de Polignac.

Un grito de desaprovacion saludó á los tres nombres de Polignac, la Bourdonnaie y Baurmont.

El diario de los *Debates* atacó á este ministerio con una vehemencia, que no acostumbraba: así es que se creyó adivinar de donde venia el ataque.

“¡Coblentz, Waterloo, 1815! esclamaba, ¡He ahí los tres príncipes, he ahí los tres personajes del ministerio! acabad con él, pues no tenemos que esperar mas que humillaciones, desgracias y peligros.”